

ESPÍRITU PROFÉTICO Y CONQUISTA DE MÉXICO

Dr. Guy Rozat Dupeyron
Centro INAH Veracruz

Cuando hace un poco más de 30 años me interrogaba sobre la naturaleza y el funcionamiento interno de ciertos textos del siglo XVI, que la tradición nacionalista mexicana calificaba como “indígenas”, llegué a la conclusión de que esos textos no podían ser “indígenas”, es decir, que no podían haber sido producidos desde y para una genuina lógica cultural americana.

Aunque aparentemente hayan intervenido en su producción hombres originarios de América, de una manera difícil de precisar realmente –las ambiguas figuras retóricas de *Los Informantes de Sahagún*-, esos textos no eran más que textos ventrílocuos que sólo fueron elaborados por y para el logos occidental, justificando a la vez su poder recién establecido en estas tierras americanas y su voluntad de destrucción y erradicación de las antiguas culturas autóctonas.

Y si mi hipótesis era algo seria, yo debía dedicarme a explicar cómo funcionaba el discurso teológico-político al cual pertenecían esos indios de papel producidos por el logos occidental, y esto ha sido mi tarea desde entonces.

Una de las razones académicas mayores –no me meteré aquí con las razones más político-culturales– por las cuales esa idea no fue muy bien recibida, fue probablemente porque en esa época –hace 30 años– en la pedagogía de la historia seguían dominando las grandes divisiones académicas inauguradas en la Alemania protestante de principios del siglo XVIII y que retomó la historia científica en el siglo XIX.

De los tiempos modernos y medievalidad de América

Con el descubrimiento de América se abrían supuestamente los “Tiempos Modernos” y con una apertura particularmente brillante, si empezaba además, nada menos que con El Renacimiento. Así, según esa manera de contar la historia, a

finales del XV se gestó y logró uno de los cambios fundamentales en las mentalidades, la organización política y en la cultura en general de los hombres europeos. Siempre para ilustrar esa idea retórica, de esa supuesta “novedad” de los tiempos modernos y la radicalidad del corte ocurrido –según esa antigua pedagogía de la historia– me gusta citar parte del prefacio de la Enciclopedia que redactó el ilustrado Montesquieu: “Las obras maestras que los Antiguos nos dejaron en casi todos los géneros habían sido olvidadas durante siglos. Se habían perdido los principios de las letras y de las artes,...”

Es decir que, para Montesquieu, el despotismo político y el fanatismo religioso habían impedido que hubiera luz en esa noche de mil años; antes de ese Renacimiento ni cultura, ni arte, ni ciencia: nada. Es evidente que ese panfleto que inaugura la más grande máquina ideológica de guerra contra las fuerzas reaccionarias que sostenían al antiguo régimen, se justificaba con la violencia del combate que las corrientes ilustradas mantenían contra esos elementos retrógrados. Pero si hoy entendemos muy bien la naturaleza de ese argumento, tan impactante en ese momento polémico del siglo XVIII, debemos considerar lo limitado e incluso lo erróneo de dicho argumento.

Durante dos siglos, abrigados detrás de esa visión ilustrada de la historia, la pedagogía siguió repitiendo incansablemente esa idea de una “ausencia total y absoluta”, y la Edad Media siguió siendo esa época de una cultura irremediablemente vacía, sólo marcada por la profusión de lo irracional. Actualmente, los estudios medievales, sector particularmente pujante de la investigación histórica europea, han puesto a la luz pública lo erróneo de esas antiguas concepciones.

No es aquí el lugar para presentarles una historia exhaustiva del desarrollo de los estudios medievales pero, resumiendo, podemos decir que es solamente a mediados del siglo XX cuando se puede empezar a decir que existen grandes estudios generales de historia medieval y el hecho de que algunos historiadores ya no tuvieran vergüenza en llamarse medievistas o medievalistas fue, creo, un signo de madurez de una disciplina y el fin del desprecio académico por ese periodo.

Así, a finales del siglo XX se asistió a la explosión de los estudios medievales en Europa, cuya conclusión, la más fecunda para la



historia americana, fue la de afirmar que la Edad Media ya no se terminaba con la caída de Constantinopla en 1453 o en 1492 con el descubrimiento de América, sino que siguió existiendo hasta por lo menos bien entrada la primera mitad del siglo XVII, como lo sugiere Michel de Certeau analizando el fin “del espectáculo” que habían montado las Ursulinas posesas de Loudun, en contubernio con confesores, exorcistas y público, o incluso hasta el principio de la Revolución Industrial, como lo afirma Jacques Le Goff, uno de los más reconocidos maestros franceses de los estudios medievalistas.

Memoriales. “La experiencia nos enseña, y la Escritura Sagrada lo aprueba, que cuando alguna gran tribulación ha de venir, o Dios quiere demostrar cosa notable, primero muestra Dios algunas señales en el cielo o en la tierra, demostrativas de la tribulación venidera. Y estas cosas quiere Dios mostrar en su misericordia para que las gentes se aparejen, y con buenas obras y enmiendas de las vidas revoquen la sentencia que la justicia de Dios contra ellos quiere ejecutar. De aquí es que comúnmente, antes de las mortandades y pestilencias suelen aparecer cometas, e antes de las grandes hambres anteceden terremotos o tempestades, e antes de las grandes destrucciones de reinos y provincias aparecen terribles visiones. E así vemos que en tiempos de Antioco, antes de la destrucción de Jerusalén y del templo, por espacio de cuarenta días fueron vistos por el aire caballos que discurrían y gentes armadas con lanzas y reales y escuadrones de gentes e otras muchas cosas como en el dicho capítulo parece.

Bien así aconteció que antes de la destrucción de México, de la conquista de esta Nueva España, antes de que los cristianos entrasen en esta nueva tierra fueron vistas en el aire gentes que parecían pelear unos con otros, y de esta señal, nunca vista en esta tierra, los indios quedaron maravillados.”

Motolinía, *Memoriales*, Primera parte, cap. 55, ed. E. O’Gorman, UNAM, 1971, p.213. La obra a la cual hace referencia Motolinía, es un clásico de la historiografía cristiana desde hace siglos, Flavio Josefo, *Historia de las Guerras de los Judíos*, libro VII, cap.12. Tan importante para la visión histórica occidental cristiana que es prácticamente el único libro de “historia” que se encontraba en casi todas las bibliotecas medievales.

América en la Edad Media

Regresemos de una vez a nuestro punto de partida, si los textos producidos para dar cuenta de la conquista, esos textos donde aparecen indios, donde se habla de indios, no son textos “modernos” ni renacentistas sino, fundamentalmente, textos medievales escritos por medievales y para conciencias medievales en una retórica general medieval, ya no nos está permitido hacer elementales contrasentidos históricos –como los de Sahagún, antropólogo, o Las Casas, anticolonialista, por citar sólo a dos de los más burdos y más conocidos–; en cambio, debemos intentar pensarlos y leerlos al interior de ese espacio medieval que los produjo.

Estamos convidados, por lo tanto, a una nueva lectura general de los textos de la conquista y de los siglos XVI y XVII (si queremos realmente saber lo que ocurrió en esa época). Creemos que ese desafío puede ser extraordinariamente generador de explicaciones sobre tal periodo de la historia de la Nueva España, que constituye uno de los menos claros de la historia nacional.¹ Estamos convencidos de que con esta nueva mirada, con esta nueva herramienta, se podrá generar un nuevo discurso histórico que podría ayudarnos a entender lo que ocurrió y cómo ocurrió esa conquista de México.²

Olvidarse del hecho conquista, como lo hace la edición 2000 de la *Historia General de México* del Colmex, reducir la conquista a página y media como escogieron hacerlo sus editores, no es ninguna solución, es únicamente el reconocimiento implícito de que algo de una antigua manera de escribir la conquista ha caducado, no que la conquista no ocurrió, no llegan hasta eso aún ciertas actitudes de revisionismo histórico, pero hay que repensarlo todo para rellenar de una vez ese hoyo negro de la conquista en el cual la nación mexicana parece agotar las fuerzas de su imaginación historiográfica.³

Presagios y profecías medievales

Así cuando autores contemporáneos, insistiendo en una sesgada lectura de los textos “americanos”, consideran que presagios funestos y profecías sobre el regreso de los dioses fueron las grandes causas de la inadaptada respuesta indígena a la invasión europea, si no creemos que esos textos sean indígenas, la omnipresencia de “presagios y profecías” y su fundamental papel en la lógica de ese discurso explicativo de la conquista tienen que ser repensados a la luz de la mentalidad medieval occidental, que en esos siglos fue la que estuvo realmente obsesionada por presagios y profecías. Por lo tanto, debemos abandonar esa visión positivista heredada del siglo XIX que pretende que los indios sólo podían pensar la invasión occidental en el cuadro estrecho de una mentalidad mágica, por su inferioridad intelectual o su incapacidad en pensar al español fuera del mito.⁴

¹ También aquí está presente esa resistencia muchas veces inconsciente en hacer empezar la historia “nacional” con el levantamiento de Hidalgo, lo que permite así ahorrarse el trabajo de pensar la historia anterior de las masas indígenas, de esas que sí se recuperan como la carne de cañón indispensable de los caudillos de la independencia.

² Sobre ese tema ver Guy Rozat, “Repensar la conquista de México hoy”, en *Memorias del coloquio los historiadores y la historia para el siglo XXI*, ed. Gumersindo Vera H. y otros, ENAH, México, 2006.

³ Navarrete Linares, Federico, *La Conquista de México*, CONACULTA, México, 2000, escribe, “Para nosotros la conquista es un espejo oscuro en el que no nos gusta contemplarnos.” p.2.

⁴ Ciertas interpretaciones antropológicas sobre la presencia de esos presagios y profecías llevan a veces a sus autores y a pesar de ellos mismos a patrones de explicaciones un tanto “facistas”, como por ejemplo cuando Rodrigo Martínez no vacila en concluir un artículo sobre el tema diciendo: “Los presagios de la Conquista fueron una manera mediante la cual la información de la presencia española se transmitió mitologizada en las distintas capas y regiones de Mesoamérica, de acuerdo con los varios patrones de pensamiento y transmisión de la información de una sociedad con un pensamiento cíclico y religioso” *Contactos y presagios*, Historias no. 40, INAH, 1998, pp. 29-34.

En nuestro libro *Indios imaginarios e indios reales...*,⁵ hemos insistido mucho en el intertexto occidental que explicaba la omnipresencia de los presagios en los textos de la conquista, pero cuando escribí ese libro pocos estudios habían intentado aún recuperar el profetismo que impregnaba las prácticas discursivas de esa época. Es por eso que hoy me encuentro metido en la recuperación de esos recientes estudios que muestran la omnipresencia, incluso la obsesión profética, que asola ciudades y conventos occidentales desde los orígenes mismos del cristianismo hasta la primera mitad del siglo XVII, dejando claro que aquí sólo podré presentar algunos elementos de ese histórico maremoto profético, y es así que mi próximo libro debería explicitar esa necesidad fundamental teológica de la profecía para fundar un relato histórico de la conquista de México.

Dónde y cómo empezar

La tentación en ese tipo de explicación es la de remontar hasta lo que se considera como los lejanos orígenes de la cultura occidental y encontrar, ya ahí, la presencia de la huella profética, así podríamos incluir en nuestro expediente las afirmaciones de los especialistas del Cercano Oriente antiguo, que desde las épocas arcaicas encuentran un profetismo omnipresente y que también nos muestran cómo los grandes ejes de la cultura profética judaica se van a ir gestando en esa ya antigua herencia.⁶

Desde esa lejana época podemos ver cómo la figura del profeta intenta diferenciarse de la del adivino, el que interpreta signos exteriores naturales. El profeta no habla por sí mismo sino que expresa por su boca los mandatos del o de los dioses, sus palabras no son sus palabras sino las que el espíritu divino pone en su boca, él se vuelve así el heraldo, el intermediario directo entre los dioses y los hombres. El profeta es ante todo el inspirado, el que habla en nombre de, y esa situación es excepcional, generalmente en respuesta a otra situación excepcional.

En ese reconocimiento de la naturaleza inspirada del profeta empieza una gran lucha por el control de esa inspiración. Desde los espacios centralizados del poder se va intentar controlar y delimitar esa palabra inspirada, reservándola a los profetas “oficiales”, generalmente miembros de un clero o de una casta sacerdotal, pero también, a pesar de todo su poder de coerción, ese control no puede impedir que esa inspiración resurja espontánea e involuntariamente expresada a través de individuos poco o mal controlados.

Así, podemos ver en los textos bíblicos testimonios de esos profetas antiguos, solos o en grupos, que recibían la inspiración durante crisis violentas provocadas por danzas frenéticas o por la ingestión de sustancias alucinatorias.⁷ También en esas condiciones se entiende por qué el mensaje profético antiguo era a veces poco inteligible y generalmente caótico y ambiguo, y por eso necesitaba la intervención de intérpretes especializados, como fue el caso en los famosos oráculos griegos de Delfos.

La doble herencia

Podríamos perdernos ahora en las dos raíces fundamentales del cristianismo: la herencia judía y la herencia grecolatina; en

ambas Dios o los dioses hablan a los hombres. El dios único de los judíos es más celoso y exigente que los dioses romanos, inconstantes, caprichosos y, finalmente, más humanos que Yahvé, a los que era más fácil contentar, pero por esa inconstancia misma los hombres tienen que desarrollar un gran número de sistemas para descubrir sus deseos y voluntades y tenerlos contentos, para que así se abstengan de intervenir en el mundo de los humanos.

El contenido de las predicciones romanas era modesto, limitado al futuro inmediato y de naturaleza política. La profecía cristiana, heredera de la tradición judaica, toma otra dimensión: no desprecia los eventos ordinarios inmediatos pero extiende una vista mucho más ambiciosa en el tiempo y en el espacio. Universalista, predice a escala del mundo y escruta el porvenir hasta el fin de los tiempos. Con la profecía judeocristiana el futuro alcanza una dimensión cósmica sin, por lo tanto, desdeñar los eventos cotidianos, en la medida en la cual se inscribe en el conjunto del plano divino.

Regreso al mito fundador cristiano

Recordemos un instante el mito fundador contenido en el Génesis –leído con un ojo cristiano–. A pesar de su omnipotencia y eternidad, Dios siente que algo le falta en su soledad cósmica. Crea al hombre y para él un jardín maravilloso, el edén, pero esa criatura se aburre de tanta perfección y Dios le da una compañera sacada de su costilla. Hasta aquí tenemos un guión bien conocido por todos. Entonces, el enemigo del género humano, Satanás, aprovecha el sentimiento de incompletud, de doble incompletud deberíamos decir, de la criatura hembra. El resultado es que nuestro primer padre se come la manzana, si manzana hubo. Dios en su inmenso saber es inmediatamente informado y expulsa a los transgresores de su paternal presencia y del Jardín. El hombre es echado a su suerte en la Tierra, entra al tiempo y a la historia, deberá sufrir para sobrevivir y morirá. La tierra estéril deberá ser fecundada por su trabajo, su sangre y lágrimas. Como parte específica de la maldición divina, la mujer parirá en el dolor. En la Tierra, el destino del hombre es reproducirse para que en la larga marcha de la sucesión de las generaciones de los hombres, estos puedan esperar que la cólera de su Dios-creador se aplaque.

Pero como lo explica muy bien el Antiguo Testamento, la naturaleza del hombre es olvidadiza y fundamentalmente malvada, nada extraño si la existencia de su “ser humano” fuera nada más que el producto de una maldición divina. Él es incapaz de asegurar su propia redención y es el Dios-padre quien debe organizar la salvación de su viciada criatura. Por eso manda a su propio hijo para rescatar los pecados de los hombres... Finalmente la historia, en esa historiografía salífica, no puede ser otra cosa que la de las innumerables intervenciones divinas, directas o de sus enviados (santos y ángeles), en el mundo de los humanos. Cada tanto, Dios hace también saber de manera directa a los hombres su voluntad o su cólera a través de sus profetas.

Más que cualquier otra religión, el cristianismo es una religión orientada hacia el porvenir. Su justificación es enteramente escatológica. La perspectiva escatológica no es sólo un aspecto

⁵ Guy Rozat D, *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la Conquista de México*, 2ed Univ. Veracruzana-INAH-BUAP, 2004.

⁶ Ver por abundantes desarrollos sobre ese tema, en Georges Minois, *Histoire de l'Avenir, des Prophètes à la prospective*, Fayard, París, 1996, en su primera parte, “L'âge des oracles”, pp. 15-126”.

⁷ La presencia de estos profetas-mensajeros es atestiguada tempranamente en Mesopotamia, verdadera institución, de la cual dependen todos los actos de estado, tanto la paz como la guerra. Los archivos de Mari son ejemplos de las consultas de esos profetas hacia 1800 A.C. Un funcionario-profeta del Dios Adad, en Alepo, hace al rey de Mari una promesa sobre el porvenir de su dinastía, bajo una forma semejante a la que se encontrará mucho más tarde en la Biblia con la profecía de Nathan hecha a David. Ver G. Minois, op.cit., p.25.

Profecía encontrada. Flavio Josefo reporta una profecía ambigua encontrada en las santas escrituras que anunciaba a los judíos que en esos tiempos un hombre de su país se volvería amo del universo, fue el punto de partida del levantamiento de 66-70... En los Apocalipsis de Baruch y Ezra, escritos en el siglo I d.C., el Mesías toma caracteres muy humanos, después de un tiempo de terribles desgracias, con el apogeo del imperio de Roma surgirá el Mesías, maravilloso rey guerrero que derrotará a los romanos y restablecerá la antigua libertad de Israel y su preeminencia sobre las naciones como pueblo escogido, rebajando a los pueblos que han dominado Israel e inaugurando así por fin una edad de paz y abundancia.

to del cristianismo, como se quiere ver a veces, sino que está en el centro de la fe cristiana. Por eso el pueblo cristiano se representa a sí mismo como un pueblo en marcha, en transición, hacia la salvación, hacia el regreso a la totalidad divina. Es guiado hacia su fin por la promesa, es decir, por la profecía del segundo regreso del hijo de su Dios, que vendrá a juzgar a todos al final de los tiempos. Es la esencia y finalidad del cristianismo y de la Iglesia el guiar a los hombres a ese término. Por lo tanto, no es nada sorprendente ver florecer a la profecía, es decir, a la expresión misma de esa promesa, en todas las épocas y bajo las formas más variadas, y también la ambigua posición de la Iglesia durante siglos frente a los profetas y a sus mensajes.

Profetismo y apocalíptica judía al origen del cristianismo

Si regresamos a la efervescencia profética que reina en el mundo judío del II a.C. al II d.C., entenderemos ese fundamento profético adoptado por las primeras comunidades cristianas. Frente a las profundas transformaciones culturales y sociopolíticas ocurridas en esa región donde florece lo que la historia académica

llama “la civilización helenística”, para las comunidades judaicas si las tribulaciones deben cesar será por obra de un liberador, por un Mesías que será ante todo un rey victorioso. En el siglo II a.C., época de redacción de esa parte del Antiguo Testamento que se llama el *Libro de los Jubileos* o en las “apócrifas” *Parábolas de Enoch*, se evoca con entusiasmo el reino del futuro Mesías. En los levantamientos judíos de 70 y 132 d.C. contra la dominación romana, las profecías jugarán un papel importante según el testimonio de Josefo. Y en 131, cuando Simón Bar Cochba lanza su gran revuelta contra Roma es aclamado como Mesías. En el seno de los movimientos extremistas se multiplican las profecías: en la comunidad de Qumrán y los Celotes, se espera el regreso de Enoch y Elías. La secta de los esenios vive en la esperanza de la última gran guerra apocalíptica contra las fuerzas del mal.

El profetismo en las primeras comunidades cristianas

De esa atmósfera dominada por la profecía apocalíptica judaica, el Nuevo Testamento llevará muchas huellas. Los evangelios recuerdan que la venida de Cristo ha sido profetizada desde siglos, en último lugar por Juan el Bautista, que lleva una vida ascética y tiene el vestido de piel de camello de sus antecesores. Jesús es presentado como un profeta, habla de él mismo como tal y hace predicciones, es la “marca” esencial de la divinidad de Cristo, él mismo anuncia su muerte, su resurrección y la destrucción de Jerusalén, prefiguración del fin del mundo (Marco 13, 32).

También los escritos de Pablo en las *Actas de los apóstoles* están llenos de profecías, podemos ver que la función profética es parte integrante de las primeras comunidades cristianas. Esos profetas que evoca Pablo se ocupaban del ministerio de la palabra en las reuniones de los cristianos, donde se ve la asimilación entre enseñanza y profecía.

Las primeras comunidades cristianas están convencidas de que el regreso

de Cristo es inminente. Esa efervescencia apocalíptica incluso suscita “falsos” profetas, es contra ellos que advierte Pablo a sus fieles. En la multiplicidad de las sectas y grupúsculos cristianos aparece, por ejemplo, el montanismo. Un converso, Montano, se presenta como una encarnación del Espíritu Santo, el espíritu de verdad del Evangelio de San Juan, anunciando el regreso eminente de Cristo que reinará por 1000 años en la “Nueva Jerusalén” en Frigia.⁸ El obispo de Hierápolis, Apolonio, y sus colegas de Asia menor, reaccionan contra ese profetismo incontrolado; ese primer conflicto puede ser considerado como el prototipo de varias decenas que van a seguir marcando la historia de la Iglesia.⁹ El fin del mundo es el problema fundamental para esas comunidades de conversos que aspiran a la salvación inmediata.

Pero una vez admitida la validez fundamental de la revelación profética, y si el “espíritu sopla donde quiera”... ¿Cómo reconocerlo y controlarlo? ¿Cómo distinguir los verdaderos de los falsos profetas?

Durante siglos, la iglesia institucional va a ser confrontada al problema de los profetas libres, no puede prohibirlos sistemáticamente sin renegarse, en cierta medida, a sí misma. Durante siglos, gastará una parte considerable de su energía en separar las verdaderas de las falsas profecías, un problema sin verdadera solución.

En cuanto al fin de los tiempos, aunque Cristo haya advertido, según nos dice Marcos, que nadie –ni el Hijo– sabe el día o la hora del juicio final, los creyentes escudriñan las santas escrituras, palabra por palabra, para encontrar índices sobre ese fundamental evento. El *Libro de Daniel* y el *Apocalipsis* serán los dos pilares de la elaboración profética cristiana durante siglos. Generaciones de cristianos van a empeñarse en volver inteligible ese *Libro de Daniel* y las fantásticas descripciones del *Apocalipsis* de Juan.

Ese texto se vuelve referente base de las profecías milenaristas, porque se mencionan allí los mil años del reino de Cristo, elemento que excitará particularmente la imaginación. La idea ya había aparecido en la Biblia, la de una especie de futura edad de oro donde después de las tribulaciones los elegidos conocieran por fin

⁸ La predicación de Montano se sitúa en el año de 156 según Epifanio y en 172 según Eusebio. Se desarrolla en la ciudad frigia de Hierápolis. Su doctrina es enteramente profética y apocalíptica. Sus auxiliares, dos profetizas llamadas Priscila y Maximilla, predicen desastres inminentes, precursores de la venida de Cristo.

⁹ Incluso algunos obispos son arrastrados por ese maremoto profético: en la época de Montano, uno de ellos en la provincia del Ponte, anunciaba la segunda venida de Cristo para dentro de dos años; por eso sus fieles dejaron de cultivar y de trabajar, regalaron sus casas y sus bienes en una santa espera. Otro en Siria condujo a sus fieles al desierto para encontrarse ahí con el Cristo. Pero es sólo en el año 200 que el Papa Cefirino condenará oficialmente el montanismo. La lucha de la ortodoxia contra el espíritu profético libre empezaba.

la serenidad, pero sin fijar ninguna duración. Para Isaías y Ezequiel, se trata de una promesa de felicidad definitiva. En Daniel también se dice que “el Dios del cielo suscitará un reino que no será jamás destruido y cuya realeza no será dejada a otro pueblo”. La idea del milenario gana porque se inserta muy fácilmente en las estimaciones clásicas de la duración del mundo. Según el Génesis, si Dios creó al mundo en seis días y el séptimo descansó, el mundo tendrá por analogía una duración de 6,000 años y el séptimo sería ese milenario de paz, la transición de espera del fin de los tiempos y la definitiva reunión con el Creador...¹⁰

Es en ese contexto apocalíptico que aparece la sombra del Anticristo, “el que viene antes de Cristo”, soberano destructor y perseguidor enviado por Satán que hará sufrir a los justos antes de ser vencido. Su venida es a la vez temida y esperada porque precede los mil años de felicidad.

En presencia de una gran variedad de técnicas adivinatorias romanas –varias centenas–, es difícil para los Padres hacer la diferencia entre unas que pueden ser lícitas de otras ilícitas. Si Dios utilizó a la Sibila y a Virgilio para anunciar a Cristo, ¿qué pensar de la astrología¹¹, o de las profecías hebraicas canónicas y apócrifas, y de las interpretaciones que dan de ellas los judíos,¹² así como de las profecías nuevas que surgen a cada instante?

En el siglo IV, Gregorio de Nisa consagra un tratado al destino, considera como vergonzosa la idea de que el hombre, ser inteligente y libre, pudiera ser determinado por seres materiales como los astros o por una fatalidad y, por lo tanto, desarrolla un ataque en regla contra todas las formas de adivinación. Pero con él aparece un nuevo argumento que se irá imponiendo. Afirma que si adivinos y astrólogos tienen a veces razón es porque el diablo les inspira. Un paso decisivo está franqueado en la argumentación: la adivinación pagana no es solamente un problema de charlatanes, es fundamentalmente diabólica, y esa satanización de la predicción no ortodoxa abre la puerta a todo tipo de represión violenta. Los actores de la conquista espiritual de América utilizarán ese rancio argumento de la diabolización de ciertas prácticas para erradicarlas, arrancando en el mismo movimiento todas, o casi todas, las antiguas creencias americanas.

Finalmente, en medio de los ataques redoblados contra la adivinación pagana, el desacuerdo subsiste en los pensadores cristianos; por ejemplo, en cuanto a la Sibila y en la *Cuarta Égloga* de Virgilio, que parece anunciar a Cristo. Para muchos, la Sibila ha sido un instrumento divino.¹³ Escasos son los cristianos que suponen el origen de los textos sibilinos fraudulentos.

Pero a pesar del “triumfo del cristianismo”, la cultura “pagana” sigue viva y lucha para sobrevivir; en la época del famoso Juliano el Apóstata, hacia el año 360, circulan unos versos griegos contando que el propio san Pedro había logrado saber, con prác-

ticas mágicas, que el cristianismo duraría sólo 365 años antes de desaparecer. No hay argumento retórico mejor que el de hacer predecir su fin por el propio adversario, nuestros sabios paganos habían ya encontrado el argumento de una “visión de los vencidos”.

Ese género de profecías se empleará durante siglos en occidente, por ejemplo, en los textos occidentales de los cruzados, donde los propios musulmanes afirman que antiguas profecías anunciaban que lejanos pueblos superiores llegarían a conquistarlos y a dominarlos. Son innumerables, después del fin de los reinos cristianos del Cercano Oriente, y particularmente en los siglos XV y XVI, los textos que retoman supuestas profecías provenientes de musulmanes que vaticinaban el fin del Islam, considerado con la conquista de Jerusalén y la conversión de los judíos, como uno de los prolegómenos del fin de los tiempos. Así, no debemos extrañarnos de que esa argumentación retórica occidental tradicional de “las antiguas profecías” se traslade a América en los textos que relatan a la conquista de América, si están en el corazón mismo del mito cristiano.

Apocalipsis y profecías a finales del siglo XV y principios del XVI

En el siglo XV, la convicción íntima de muchos creyentes crece frente a la corrupción institucional de la Iglesia, ya que una reforma es imprescindible y las profecías hostiles a Roma se multiplican. Entre decenas de intentos proféticos, citemos al alemán Theodorus de Apulia, quien en 1463 vaticina sismos, diluvios, epidemias... que contribuirían a purificar al mundo y forzarían la conversión del Papa y de todos los sacerdotes, éstos ya no hablarían latín ni esconderían nada a los laicos. Paralelamente, profetiza también que los musulmanes intentarían un gran asalto contra Roma, pero su rey se convertiría y Jerusalén sería definitivamente conquistada por los cristianos.

En 1496, en Ausburgo, Mathis Sandauer tiene visiones: Dios le anuncia la venida de una próxima gran reforma. El mismo año, Wolfgang Aytinger predice la llegada de un jefe mesiánico que se apoderará de Tierra Santa, reformará la iglesia y castigará al clero. Sus escritos serán publicados tres veces entre 1496 y 1515, pero otros anuncian también esa reforma esperada por muchos cristianos desde hacía un siglo.

En Italia sopla el mismo viento profético, Savonarola incendia el corazón de los florentinos, su predicación es esencialmente profética, aunque vacila entre el clásico anuncio del fin de los tiempos y el de la inauguración de un milenio en esta tierra: una era de felicidad *hic et nunc* se establecerá si Florencia se purifica y se regenera realmente. En muchos de sus escritos de 1472, 1475, 1490, 1491, Savonarola recuerda a sus fieles los signos precursores, bien conocidos por todos, del final de los tiempos, que le parece muy cercano como a muchos de sus fieles, la corrupción del papado y de la Iglesia en general les parece ser uno

¹⁰ En el segundo siglo, la epístola de Bernabé, coloca el milenio del reino terrestre de Cristo después de los 6 mil años de historia de la humanidad. Los Padres de la iglesia dudan, pero muchos caerán en la tentación del milenio terrestre como Papías, Justino, Irineo, Tertuliano, Hipólito.

¹¹ El estudio de los astros, ese fruto prohibido tan atractivo para el paganismo, ¿cómo prohibirlo si Dios mismo los utiliza a veces?, como en el caso de la estrella de Belén que mandó para guiar a los pastores y a los reyes magos al santo pesebre.

¹² En el siglo V, Teodoro de Ciro, protesta contra el uso que hacen los judíos de las profecías del Antiguo Testamento. Para él, éstas ya no pertenecen al pueblo deicida y sólo pueden ser interpretadas en el sentido del cristianismo. Reitera constantemente sus ataques contra los judíos en sus Comentarios sobre los libros de Daniel, Ezequiel, de Isaías y de los profetas menores, les reprocha de traicionar el sentido de las profecías mesiánicas, de practicar una lectura errónea de la Historia bíblica.

¹³ Teófilo de Antioquía cita una larga profecía de la Sibila dirigida en contra de los dioses paganos y a favor del Dios único y verdadero. Lactancio es particularmente entusiasta. Para él no hay duda, Sibila anunció la pasión de Cristo. La corona de espinas, el vinagre, los tres días en la tumba, el velo del templo, la resurrección, todo está explícito, y no le viene al espíritu que podría tratarse de interpolaciones cristianas. Clemente de Alejandría está también convencido. Eusebio presenta esto como un hecho histórico. Eusebio procede a un análisis detallado de la Cuarta Égloga de Virgilio que para él anuncia la Encarnación y Redención. Hermas, San Justino, Tertuliano también están de acuerdo sobre esa interpretación.

de esos grandes signos, eso no podía durar más. Con el fin del régimen de los Médicis y la llegada del ejército francés en camino hacia Nápoles, para hacer valer los derechos de posesión del rey de Francia sobre ese reino, a partir de 1494, su mensaje se vuelve radicalmente milenarista y totalmente “florentino”. Vaticina el futuro de una Florencia regenerada:

[...] gloriosa a los ojos de Dios como a los de los hombres, serás Florencia la reforma de toda Italia, en tu ciudad empezará la renovación que irradiará hacia todas las direcciones, porque ahí está el corazón de Italia... tus riquezas serán innumerables y Dios multiplicará todo en tu favor... extenderás tu imperio y gozarás de la potencia temporal y de la espiritual.

“Florencia regenerada, corazón de Italia, será la nueva Roma de un mundo regenerado”. Si bien Roma podía aceptar las denuncias de su corrupción, compartidas por buena parte del personal de la curia, no podía aceptar la idea de que Roma ya no estuviera en Roma y que Ciudad Santa, la ciudad de San Pedro, la que tenía más reliquias que cualquier otra ciudad, perdiera su liderazgo simbólico. Savonarola, acorralado por Roma y sus enemigos internos en Florencia, escribe en 1495 su *Compendio di rivelazioni*, en el cual intenta demostrar sus dotes de profeta, demostrando que sus predicciones sí se han realizado: la muerte de Lorenzo de Médicis, la locura de Pedro y la invasión francesa, son la prueba de su carisma profético. Excomulgado en 1497, intenta una última vez en *Dialogus de veritate prophetica* explicar que sólo el carisma profético puede salvar a la Iglesia, sin embargo, será entregado y quemado.

Pero la muerte de Savonarola no significa el fin de la tormenta profética sobre Florencia, Francisco de Mileto, optimista, anuncia para 1513 la conversión de los judíos y para 1517 la de los musulmanes, seguidas por la venida de un hombre enviado de Dios que inaugurará la nueva edad entre 1530 y 1540, preparando el regreso de Cristo. Otros, como Francesco de Montepulciano, anuncian, al contrario, la llegada de la ira divina:

Las gentes navegarán sobre mares de sangre, lagos de sangre, ríos de sangre [...] Dos millones de demonios han sido soltados en el cielo [...] porque se ha cometido más maldad a lo largo de estos últimos 18 años que a lo largo de los 5 mil que lo han precedido”

Las dos predicciones contradictorias de los dos Francescos son hechas el mismo año de 1513 en la misma ciudad. Pero los florentinos podían también escoger otras opciones, pues los profetas abundaban en las calles, como el artesano Bernardino con sus fieles, los Untados, o el ex franciscano Bonaventura, que el año siguiente se presenta como “el papa evangélico”, renovador de la Iglesia y precursor del milenio, y en una carta profética recomienda al dogo de Venecia aliarse al rey de Francia, instrumento de Dios para renovar a la Iglesia y convertir a los turcos.

Con la explosión de la Reforma, la exaltación profética explotará en una confusión total. Los fanatismos utilizarán todos los “signos” divinos, astrales o naturales para anunciar la venganza, el castigo, la eminencia del fin y/o el principio de la renovación. Denis Crouzet, historiador francés, ha analizado la fantástica epidemia de angustia apocalíptica que se apodera del mundo católico en la primera mitad del XVI.¹⁴ Jamás hasta ese día se había sentido a tal punto la proximidad del fin del mundo. En

1480 el *Prognosticon* del ermita Juan de Lichtenbergen, reimpresso 10 veces en 10 años, anunciaba a partir de la conjunción saturno-júpiter de 1484 y el eclipse de 1485, muchas catástrofes y el fin del mundo. Muchos buscan determinar la fecha final. En el siglo XV el muy culto cardenal Nicolás de Cusa ya la había situado en 1700. El geógrafo Mercator, por su lado, evalúa en 3928 años el tiempo que separaba la creación y el nacimiento de Cristo, lo que dejaba muy poco tiempo para un mundo destinado a vivir entre 6000 y 7000 años. Para el polemista Viret estaban en la hora 22 del día del mundo. Para el canónigo Roussat, el fin caerá en 1791 y saca consecuencias prácticas para la construcción de los edificios: inútil de construir demasiado sólido porque nada sobrevivirá.

Católicos y protestantes unidos

Lutero tiene el sentimiento de que todo está consumado, el mundo cruje por todas partes, el crecimiento de la amenaza turca y la encarnación del Anticristo en el Papa, son para él signos que no engañan. Para el fin del mundo Lutero no propone una fecha precisa, pero declara que este mundo puede “durar algunos años aún, pero nuestros descendientes verán el cumplimiento de las escrituras y a lo mejor nosotros seremos testigos”.

En otros textos afirma “el último día está en puerta” y respondiendo a una pregunta sobre ese tema declara que: “el mundo no durará mucho tiempo, si Dios lo permite, tal vez unos 100 años” como máximo. Para el reformador hay una razón suplementaria que hace que el desenlace esté cerca: Dios arriesga con cubrirse completamente de ridículo por su debilidad, si sigue tolerando más las infidelidades, pecados, supersticiones de los hombres. “Frente a tal situación no tengo otra esperanza, si no es que el último día es ya eminente. Porque las cosas han llegado a tal extremo que Dios no podrá aguantarlo más”.

Teólogos y escritores reformados siguen por ese camino; Bullinger anuncia como muy cercano el fin del mundo, Melanchthon lo describe como “ahora está a la mano”, en acuerdo con el astrólogo Juan Carión, al mismo tiempo que Osiander, publicará una obra intitulada *Sobre los últimos tiempos y el fin del mundo* y que Sleidan habla de “nosotros que nacimos en el fin del mundo”. Calvino y Miguel Servet, por lo menos, están de acuerdo en ese punto. Pedro Viret, amigo de Calvino profetiza: “el mundo llega a su fin, es como un hombre que atrae a la muerte tanto como puede”. Los artistas, ellos, se anticipan porque después será demasiado tarde: hay que representar el Apocalipsis ahora; los grabados de Durero lo ponen de moda.

En el mundo católico, la mayoría de los predicadores comparten las angustias proféticas de sus fieles, y al final de siglo XVI se nota una nueva ola de violencia ligada a estas concepciones. El reflujo sólo intervendrá después del Concilio de Trento. Al catastrofismo del fin de los tiempos que, predominaba hacia 1500, sucederá el triunfalismo de la Contra-reforma un siglo más tarde: El fin del mundo no es para ahorita.

Ya hacia 1536 unos polémicos católicos como Georges Wivel, atacaban a las profecías apocalípticas de los protestantes, acusándolos de maniobrar a los fieles por el recurso al miedo.

Pero profetas y astrólogos se ponen de acuerdo para fijar el fin del mundo en una época más o menos cercana, como lo indica

¹⁴ Denis Crouzet, *La Nuit de la Saint Barthélemy. Un reve perdu de la Renaissance*, Paris, 1994.

el título muy explícito del libro del canónigo Ricardo Roussat, publicado en 1550, que traducido del francés daría algo así como: *Libro del estado y mutación de los tiempos, probando por la autoridad de la Escritura Santa y con razones astrológicas, que el fin del mundo está cerca*. En esta obra anuncia que si no ocurrió antes, el fin del mundo será para el año 1789. La imprenta contribuye a multiplicar estos escritos como los opúsculos incendiarios del sacerdote Artus Desire del cual se encontraron 102 ediciones -71 solamente entre los años 1545 y 1562-. Henri de Finés, prevé el diluvio universal para 1524. La conjunción planetaria de 1564, anuncia desastres, y las guerras entre Francisco I y Carlos V preceden al juicio final. Nos tradamus, por su parte, predice “infinidad de asesinatos, cautivos, muertos, prevenidos, [...] sangre humana, rabia, furor...” Robert Ceneau, obispo de Avranches, el franciscano Antoine Cathelan, los dominicos Esprit Rotier, Pierre Dore, los doctores Antoine de Mouchy, Antoine Duval, el canónigo Nicolás Maillard... todos profetizan el Apocalipsis para mañana.

Para todos ellos, de ese lado de la ortodoxia, la multiplicación de heréticos es el signo indudable del fin próximo y la única manera de desviar la cólera divina, es eliminando radicalmente a esos heréticos: la violencia de las guerras de religión se justifica como autorrealización profética. La angustia profética encuentra su exutorio en la masacre de los enemigos de la fé, la masacre del día de San Bartolomé en París y en Francia después, es la apoteosis.

Como conclusión

Es tiempo de concluir, para completar el esbozo de este expediente sobre la omnipresencia profética en el mundo cristiano de los siglos XV y XVI faltaría mencionar también la omnipresencia de la figura del Anticristo que se apodera del mundo protestante, de los grandes levantamientos populares milenaristas alemanes, o incluso del trasfondo profético y mesiánico del movimiento de Las Comunidades, que explotan en España a principios del siglo XVI.

Sólo esperamos haber podido mostrarles, la omnipresencia del discurso profético en el corazón del pensamiento cristiano y en sus prácticas de enseñanza, y por lo tanto, que más que en el genuino mito indígena, valdría la pena escudriñar en la lógica imperial que se establece en

América, particularmente en las antiguas y confusas entrañas del mito de fundación de una nueva catolicidad.

Quisiéramos tan sólo mencionar a dos personajes de esa época violenta que se consideraban, cada uno a su manera, un profeta inspirado y un Portacristo. Para Thomas Müntzer, el fin está cerca; los turcos se aprestan a conquistar al mundo y el Anticristo se prepara a imponer su reino; pero El Enviado de Dios va a venir a reunir a Los Elegidos, a los que han recibido al Espíritu Santo y va a efectuar la gran masacre de los pecadores, a la que le sucederá el milenio de felicidad.

Müntzer, persuadido de ser el Portacristo, pronuncia en 1524 un célebre sermón frente al duque de Sajonia llamando a los príncipes a masacrar al clero; pero decepcionado por la apatía de los soberanos, Müntzer se voltea contra ellos y coloca todas sus esperanzas en los pobres, que serán los agentes de la masacre apocalíptica. Apoyándose en su lectura de Daniel y del Apocalipsis, se convenció de que los días de la venganza habían llegado y multiplicó los panfletos contra el clero, contra los príncipes y contra Lutero a la vez, en quien veía a “la bestia”, la gran prostituta de Babilonia. La suerte de Müntzer es el levantamiento de los campesinos de 1525. Las ideas milenaristas de Müntzer se injertan sobre el movimiento social campesino, proporcionándole una dimensión espiritual y apocalíptica que lo cristaliza y justifica el carácter sin piedad de la lucha, así como de la represión nobiliaria. El movimiento es aplastado por el ejército de los príncipes, la represión suma miles de víctimas. Müntzer, que hasta el último momento vaticinaba la victoria, por medio de un milagro divino, es arrestado, torturado y decapitado el 27 de mayo de 1525.

Cristóbal Colon, el navegante, prepara su viaje hacia las Indias con un espíritu probablemente más profético que “científico.”¹⁵ En su Carta a los Reyes Católicos recuerda que los sabios se burlaron de él, pero que los reyes fueron alumbrados por la luz del Espíritu Santo, como lo había sido él, porque “Milagro evidéntísimo quiso hacer nuestro Señor en esto del viaje de las Indias por me consolar a mí y a otros en estotro de la Casa Santa”. El descubridor escudriña las Escrituras tanto como las cartas marinas para llegar a la conclusión de que el mundo es más pequeño de lo que se cree.

Para Colón, la conversión universal es una fase previa, necesaria para que pueda ocurrir el fin del mundo, que prevé en 155 años. Cuando Fernando e Isabel toman Granada, preludio a la toma de Jerusalén, él emprende la conversión de China, fundándose sobre una profecía de Joaquín o de Arnaldo de Villanova que decía que “el que restaurará el Arca de Sión vendrá de España”. Colón se piensa predestinado a cumplir las profecías, a tal punto que llega a firmar “Cristoferens”, es decir, él también como Müntzer, se considera como “portador de Cristo”; y es en ese papel que lo representa en 1500-1505, Juan de la Cosa sobre el más antiguo mapa del Nuevo Mundo. Esa convicción de ser un agente de realización profética será compartida por su hijo Fernando, y otros personajes de su época. Colón no ha utilizado simplemente las obras de los astrólogos como Pedro de Ailly en la composición de su *Libro de Profecías*, en el cual se encuentran ecos de los grandes temas proféticos de su tiempo, la profecía de que la religión de Mahoma sólo duraría 693 años, la venida del Anticristo, el triunfo militar del emperador universal, el fin del mundo que supone en 1666, cifra de la bestia.

Con él, el profetismo occidental llegaba a América.

Síntesis curricular

Doctor en sociología por la Universidad de París X-Nanterre. Profesor investigador del INAH desde 1976. Maestro 13 años en la ENAH donde organizó la Licenciatura en Historia, dando decenas de cursos, como también en las de Antropología social, Arqueología y Lingüística. Ha impartido cursos en Universidades del D. F. y tierra adentro. Catedrático invitado en la Facultad de Historia de la UV.

Ha publicado cerca de 60 artículos y ensayos en revistas y libros colectivos, dos veces premiado a nivel nacional, el premio Sahagún en 1992 y el premio CMCH en 1997, al mejor artículo de Historia Colonial. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Entre sus libros publicados se encuentran: *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México*, 2ª edición UV-INA-BUAP.

América imperio del demonio, los orígenes de la nación, pasado indígena e historia nacional, UIA-CONACULTA.

¹⁵ Sobre ese aspecto de la figura de Colón, ver Alain Milhou, *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscano español*, Cuadernos Colombinos XI, Pub. de la Casa-Museo de Colón, Valladolid, 1983.